

Tesis Doctoral.

**PERSPECTIVAS ECONÓMICAS DEL
REINADO DE NERÓN: PRODUCCIÓN
MONETARIA Y SUMINISTRO DE
METALES.**

Joaquín de la Hoz Montoya.

Director: Prof. Dr. D. Genaro Chic García.

Departamento de Historia Antigua.

Universidad de Sevilla.

**Programa de Doctorado «El Mundo Mediterráneo en la
Antigüedad».**

Tesis Doctoral defendida en Sevilla, el 12 de enero de 2009, obteniendo la calificación de sobresaliente *cum laude* y la acreditación de Doctorado Europeo.

Tribunal:

-Prof. Dr. D. Antonio Caballos Rufino.

-Prof. Dr. D. Juan Aurelio Pérez Macías.

-Prof. Dr. D. Elio Lo Cascio.

-Prof^a. Dr^a. D^a. Francisca de Asís Chaves Tristán.

-Prof^a. Dr^a. D^a. Blanca María Gómez Tubío.

I. Introducción.

1. Objetivos y presupuestos.

El **reinado de Nerón (54-68 d.C.)** constituye un importante hito en la Historia del Imperio Romano. Muestra de ello es el considerable interés que este controvertido período ha despertado en la investigación, del que son buena prueba la proliferación de monografías centradas en la figura del emperador¹ o la existencia de una publicación serial, *Neronia*, específicamente dedicada a los problemas suscitados en torno a este reinado. La representación convencional que a partir de las fuentes literarias antiguas se ha creado en torno a la figura de Nerón plantea diversas dificultades. A juzgar por ella, su gobierno, saludado en un principio con entusiasmo por parte de amplios sectores, se habría ido enajenando progresivamente todo apoyo, desembocando en un régimen de terror dirigido por un emperador manifiestamente incompetente, excéntrico y despótico. Paradigma de esta percepción polarizada de su gobierno es la controvertida noticia, transmitida por Aurelio Victor, según la cual Trajano solía repetir que ningún príncipe era comparable de lejos a un «quinquenio de Nerón»². En última instancia, la generalización de un sentimiento de hostilidad frente a su política y su propia persona habría conducido en el año 68 d.C. a la consecución del primer proceso exitoso de usurpación desde la creación del principado, a la muerte del propio Nerón y al fin de la primera dinastía imperial romana³.

Tácito, al inicio de sus *Historias*, describe el ambiente de júbilo generalizado por la muerte de Nerón, tanto entre los miembros del Senado como entre los caballeros, las legiones y «la parte íntegra del pueblo», «ligada a las grandes casas»⁴, probablemente esa misma parte que, según Casio Dion, festejó la huida del emperador portando gorros frigios

¹ Véanse, entre otros, estudios tan dispares como H. Schiller, *Geschichte des römischen Kaiserreiches unter Nero*, Berlin 1872; B.W. Henderson, *The Life and Principate of the Emperor Nero*, Londres 1905 (ed. or. 1903); G. Schumann, *Hellenistische und griechische Elemente in der Regierung Neros*, Leipzig 1929; B.H. Warmington, *Nero: reality and legend*, Nueva York 1969; E. Cizek, *La Roma di Nerone*, Milán 1984 (ed. or. en francés 1982); M.T.Griffin, *Nerone. La fine di una dinastia*, Turín 1994 (ed. or. en inglés 1984); V. Rudich, *Political dissidence under Nero. The price of dissimulation*, Londres-Nueva York 1993; M.A. Levi, *Nerone e i suoi tempi*², Milán 2001 (1ª ed. revisada 1995; ed. or. 1949); V. Rudich, *Dissidence and literature under Nero: the price of rhetoricization*, Londres-Nueva York 1997; E. Champlin, *Nerón*, Madrid 2006 (ed. or. en inglés 2003).

² Aur.Vict.Caes.5.2: *quinquennium tamen tantus fuit, augenda urbe maxime, uti merito Traianus saepius testaretur procul differre cunctos principes Neronis quinquennio*; Aur.Vict.Epit.5.2: *Iste quinquennio tolerabilis visus. Unde quidam prodidere Traianum solitum dicere procul distare cunctos principes Neronis quinquennio*.

³ Para una interpretación del significado de esta primera usurpación exitosa en el contexto del siglo I sigue resultando de gran interés E. Flaig, *Den Kaiser herausfordern. Die Usurpation im Römischen Reich*, Frankfurt-Nueva York 1992.

⁴ Tac.Hist.1.4.3: *pars populi integra et magnis domibus adnexa*.

en alusión a la recobrada libertad⁵. Para Tácito sólo llora a Nerón «*la plebe vil y habituada al circo y los teatros, así como lo peor de entre los esclavos o quienes, consumidos sus bienes, se alimentaban de la desvergüenza de Nerón, siniestros y ávidos de rumores*»⁶. Pero lo cierto es que el tradicional Galba no encuentra a su llegada a Roma un ambiente muy favorable y, a su muerte, no habiendo pasado aún un año desde la caída de Nerón, Otón encuentra provechoso utilizar como arma propagandística de su inestable gobierno su vinculación con el último Julio-Claudio. Su sucesor, Vitelio, recurre más enérgicamente aún a la conexión con Nerón y, tras la nueva caída en desgracia que sufre su memoria durante los primeros Flavios, Domiciano, a su vez un emperador maldito en la historiografía antigua, volverá a plantear una recuperación política de su figura⁷. Llama la atención cómo desde muy pronto el recuerdo del primer emperador destronado ha quedado asociado en la memoria de amplios sectores sociales al recuerdo de una perdida edad de oro (*aurea aetas*). No son escasos los indicios de una corriente de simpatía hacia Nerón durante los últimos años del siglo I y la recurrente aparición de falsos Neronés⁸, utilizados por el Imperio Parto como elemento desestabilizador en el oriente griego, dan una idea clara de lo parcial que es la visión de Nerón que la historiografía nos ha dejado.

De la misma forma que la figura de Nerón ha ejercido una considerable fascinación en la historiografía –por no hablar de la literatura y el cine–, su época ha venido siendo reconocida como un período crítico en el plano político, en el que se advierte el agotamiento de determinadas fórmulas ideológicas y políticas, las contradicciones generadas por la dinámica imperial y el anuncio de numerosas transformaciones, posteriormente materializadas entre Vespasiano y Adriano. En el aspecto socioeconómico, y pese a la mayor lentitud de las transformaciones en este ámbito, el período de Nerón se encuadra en un momento que parece constituir en diversos planos un punto de inflexión dentro de la evolución histórica del Imperio romano. Diversos indicios sugieren que a lo largo del siglo I d.C. la economía de mercado había alcanzado un peso relativo en el conjunto de la economía romana que no llegaría a superarse posteriormente, experimentando desde finales de siglo un paulatino retroceso. Que al menos así lo percibió la sociedad de su tiempo lo sugiere la proliferación en este período de críticas moralistas a los excesos de la «crematística»⁹ y el

⁵ DC.63.29.1.

⁶ *plebs sordida et circo ac theatris sueta, simul deterrimi servorum, aut qui adesis bonis per dedecus Neronis alebantur, maesti et rumorum avidi.*

⁷ Otón: Suet.*Oth.*7. Vitelio: Suet.*Vit.*11. Domiciano: Juv.*Sat.*4.38; Suet.*Dom.*4.4; 14.4.

⁸ DC.66.19.3b-c; Suet.*Ner.*57.1-2; Tac.*Hist.*1.2.1; 2.8.1-2.9.2.

⁹ Sobre el concepto y su articulación en la mentalidad romana *vd.* K. Polanyi, *La grande trasformazione. Le origini economiche e politiche della nostra epoca*, Turín 2000 (ed. or. en inglés 1944), 70-72; J. Andreau, «L'argent à Rome: les rentes de l'aristocratie», en R.-P. Droit (dir.), *Comment penser l'argent?*, *III^e Forum. Le Monde-Le Mans* 1991, París 1992 (=en Id., *Patrimoines*,

lujo: pensemos en Plinio el Viejo, Petronio, Columela, Juvenal o Marcial, así como en las comparaciones realizadas por Tácito entre este período y los que le siguieron¹⁰. Es durante este período cuando se asiste a la máxima pujanza socioeconómica de la figura del liberto, que se había beneficiado de la centralidad del *paterfamilias* como sujeto económico, de las constricciones impuestas por el *status* a la actividad económica y de las restricciones del concepto romano de agencia y sociedad para erigirse en piedra angular del mundo del *negotium*. Basta recordar al opulento liberto Trimalción del *Satiricón* de Petronio para constatar el impacto suscitado por esta figura, hija del mercado, en el orden jerárquico tradicional¹¹. También es el momento en el que la actividad financiera profesional muestra un mayor grado de complejidad, cuya progresiva simplificación y concentración a partir de inicios del siglo II d.C. sugiere, como ha mostrado J. Andreau, la decadencia de las prácticas económicas que habían promovido tal complejidad, así como de las redes socioeconómicas que las habían protagonizado¹². Hablamos, asimismo, del tiempo que asistió a una apertura sin precedentes al comercio con Oriente¹³. Por su parte, los flujos económicos activados por la masiva monumentalización de las ciudades del occidente imperial difícilmente tuvieron paralelos, en cuanto a la rapidez y generalidad del fenómeno, en momentos posteriores¹⁴. En conexión con esta implantación a gran escala del modelo romano de urbe en el Occidente, es a partir de finales de este siglo I cuando comienzan a advertirse los primeros síntomas claros de una crisis en la solvencia económica de las ciudades, que acarrea como fenómenos

échanges et prêts d'argent. L'économie romaine, Roma 1997, 259-270); G. Chic García, «Moneda y escritura. De lo cualitativo a lo cuantitativo», en F. Chaves Tristán, F.J. García Fernández (eds.), *Moneta qua scripta. La moneda como soporte de escritura (Actas del III Encuentro Peninsular de Numismática Antigua, Osuna (Sevilla), febrero-marzo 2003)*, Madrid 2004, 415-431.

¹⁰ Vd. p. ej. Col.RR.Praef.1-15; 2.6.2; 8.8.9-10; 8.10.6; 8.16.1-6; 12.Praef.9-10. Juv.Sat.3.160-189. Mart.10.96; 12.76. Petr.Sat., *passim*. Plin.NH.2.158-9; 6.101; 8.196-7; 13.20-23; 19.51-6; 36.195. Resulta particularmente interesante como testimonio del cambio el célebre excursus de Tácito en Tac.Ann.3.55.1-5, que contrapone el lujo privado del período julio-claudio con la posterior imposición de hábitos aristocráticos algo más sobrios, mostrando con claridad la profunda imbricación de los factores políticos y económicos de cambio.

¹¹ Vd. J.-J. Aubert, *Business managers in ancient Rome. A social and economic study of Institores*, 200 B.C.-A.D. 250, Leiden-Nueva York-Colonia 1994, esp. 91-95, 114-116. Sobre esta peculiaridad institucional de la economía romana hemos tendido ocasión de reflexionar más a fondo en J. de la Hoz Montoya, «Racionalidad económica y abstracción contable en Columela», en G. Chic García (dir.), F.J. Guzmán Armario (ed.), *Perdona nuestras deudas. Economía de prestigio versus economía de mercado*, II, Sevilla 2007, 121-151. Sobre el significado de la figura de Trimalción sigue siendo imprescindible P. Veyne, «Vida de Trimalción», en Id., *La sociedad romana*, Madrid 1990, 11-51 (=Id., «Vie de Trimalcion», *Annales ESC* 16.2 (1961) 213-247).

¹² J. Andreau, *La vie financière dans le monde romain. Les métiers de manieurs d'argent (IVe siècle av. J.-C.-IIIe siècle ap. J.-C.)*, Roma 1987, 161-165, 189-192, 255-329; Id., *Banque et affaires dans le monde romain (IVe siècle av. J.-C.-IIIe siècle ap. J.-C.)*, París 2001, 243-255.

¹³ Plin.NH 6.82-9; 6.101-6; 12.28-9. L. Casson (ed.), *The Periplus Maris Erythraei*, Princeton 1989.

¹⁴ Véase, para el caso específico de la Bética, un estado de la cuestión en S. Keay, «The development of towns in Early Roman Baetica», en Id. (ed.), *The Archaeology of Early Roman Baetica*, Portsmouth 1998, 55-86.

correlativos el incremento del intervencionismo imperial y una decreciente disposición o capacidad de sus elites para invertir parte de sus recursos en ellas¹⁵. Aunque tal proceso estaba tan determinado por factores económicos como sociopolíticos, infligía un serio castigo al dinamismo de una economía de mercado que se había desarrollado a la sombra de la munificencia y el evergetismo.

Son muchas las actuaciones del emperador Nerón que han sido leídas como indicio o factor de la evolución económica de su tiempo. Pero si hay un tema de investigación en el que el análisis del gobierno de Nerón y el de la evolución económica aparecen especialmente imbricados es el de su política monetaria. La **reforma monetaria** realizada por el emperador en el año 64 d.C., centrada en una devaluación desigual de las diferentes denominaciones en curso, constituye, en efecto, uno de los más importantes y controvertidos hitos en la historia de la moneda romana. En la medida en que anticipa buena parte de los desarrollos posteriores de la moneda imperial, esta intervención monetaria caracteriza de nuevo al período neroniano como un punto de inflexión, lo que difícilmente puede considerarse casual. Es larga y compleja la tradición historiográfica generada en torno a este tema, pese a lo cual su estricta definición, su periodización, su significado y sus repercusiones económicas siguen siendo objeto de controversia. Pero no es nuestro objetivo presentar una investigación sistemática de la reforma monetaria, tarea difícil de abarcar dada la extrema amplitud de cuestiones numismáticas, económicas, fiscales e iconográficas que dicha investigación habría de abordar. Quienes hayan tenido ocasión de analizar este complejo de cuestiones comprobarán que muchas de ellas, de indudable importancia, no reciben un tratamiento amplio en este estudio o no lo reciben en absoluto. No obstante, consideramos que un análisis más exhaustivo de toda esta casuística habría sobrecargado un estudio ya de por sí extenso.

El **objetivo** de nuestra Tesis es más específico. Se trata de analizar la relación entre la política acuñadora de Nerón y su condición material, el suministro de metales acuñables. Como trataremos de demostrar, la relación entre suministro metálico y producción monetaria proporciona la mejor clave interpretativa para analizar en su conjunto la política monetaria de Nerón. Constituye, asimismo, un horizonte privilegiado para identificar coyunturas económicas dentro de las grandes líneas de evolución estructural que afectaron al Imperio, proporcionando útiles puntos de anclaje entre el tiempo económico, lento e indeterminado, y el tiempo político, acelerado y preciso. Asumimos como presupuesto de estas afirmaciones

¹⁵ M. Sartre, *El oriente romano. Provincias y sociedades provinciales del Mediterráneo oriental, de Augusto a los Severos (31 a.C.-235 d.C.)*, Madrid 1994 (ed. or. en francés 1991), 145-146, 149, 152-155, 175, 177.

dos fundamentos ampliamente admitidos, con todos los matices que se les quiera añadir: primero, que el dinero en el mundo romano altoimperial fue fundamentalmente moneda¹⁶; segundo, que la aceptación de la moneda romana por sus usuarios, al menos en lo que concierne a las grandes unidades, requería que su valor pecuniario estuviera sólidamente respaldado por su contenido metálico¹⁷. En un mundo con un nivel tecnológico relativamente estable era inevitable que la entrada en la circulación de nuevo metal procedente de la explotación primaria oscilara fuertemente, tanto cuantitativa como geográficamente, y que tal oscilación acabara teniendo efectos determinantes en el *stock* metálico disponible para acuñar. El hecho de que una parte importante de este *stock* final en circulación procediera de la reutilización de reservas metálicas ya extraídas no altera a la larga este hecho, aunque modifique sustancialmente el ritmo y la intensidad de sus efectos. La historia de la Europa medieval y moderna es una prueba clara de la importancia determinante de este fenómeno en la evolución económica de las sociedades preindustriales¹⁸.

En el análisis que nos proponemos prestaremos una particular atención al papel jugado por la provincia **Bética**. Son dos las razones. La primera es que la Bética era reconocida en el siglo I como una de las principales fuentes primarias de suministro de metales amonedables, gracias a la excepcional concentración de distritos mineros que poseía. Esta condición le confería una relevancia estratégica de primer orden en la definición de las políticas monetarias. La segunda razón es que esta Tesis Doctoral surge como instrumento al servicio de las líneas de investigación que definen al Grupo de Investigación HUM 323 («La Bética romana: su patrimonio histórico»)¹⁹, al que pertenecemos. Desde esta perspectiva bética, los años que nos ocupan se encuadran en el período en el que la provincia estaba alcanzando su máximo protagonismo económico en el marco del Imperio romano y en el que, consecuentemente, personajes de origen bético comenzaban a escalar las más influyentes posiciones en la vida política imperial²⁰: un proceso que enlaza a la figura de Séneca con la de los emperadores Trajano y Adriano. En este proceso, la inserción de la Bética en la economía monetaria romana resulta particularmente relevante en tres sentidos. En primer lugar, la monetización determinó un cambio en sus concepciones económicas, fundamentalmente en el sentido de una homogeneización del concepto de valor, de un

¹⁶ Vd. J. Andreau, *Banque et affaires...*, 13-15.

¹⁷ R. Wolters, *Nummi signati. Untersuchungen zur römischen Münzprägung und Geldwirtschaft*, Munich 1999, 341-410.

¹⁸ P. Spufford, *Dinero y moneda en la Europa medieval*, Barcelona 1991 (ed. or. en inglés 1988); C.M. Cipolla, *Storia economica dell'Europa pre-industriale*⁶, Bolonia 1997.

¹⁹ El Grupo está financiado por la Junta de Andalucía.

²⁰ A. Caballos Rufino, *Los senadores hispanorromanos y la romanización de Hispania (siglos I-III) I. Prosopografía*, vols. I y II, Écija 1990; Id., «Cities as the basis for supra-provincial promotion: the equites of Baetica», en S. Keay (ed.), *The Archaeology...*, 123-146.

desarrollo de las relaciones económicas de tipo impersonal y de un incremento de la división del trabajo. En segundo lugar, la forma y los ritmos de suministro de moneda desde la ceca imperial, así como el margen de actuación dejado a las emisiones locales, determinaron las condiciones del desarrollo económico de la provincia. Finalmente, como una de las principales fuentes de suministro de metales amonedables, los ritmos de extracción minera de la provincia estuvieron determinados por las necesidades de los emperadores e, inversamente, determinaron las posibilidades económicas de éstos. Si bien el primero de los aspectos mencionados es un fenómeno estructural cuya incidencia debió de ser lenta y progresiva, en los dos últimos sí cabe esperar que el análisis de la relación entre suministro metálico y política monetaria aporte datos clarificadores sobre el significado de la coyuntura neroniana en la evolución histórica de la Bética. Ambas perspectivas, la bética y la imperial, justifican, en suma, la centralidad que atribuiremos al papel de esta provincia en nuestra investigación.

Ciertamente la elección de nuestro objeto de análisis tiene varios inconvenientes. Por un lado, desgaja la obtención de metales amonedables del contexto global de la actividad minera. Por el otro, funde el estudio de las condiciones materiales de la política monetaria con el de su objetivo. Sin duda, si el estado de nuestras fuentes fuera el idóneo, sería preferible analizar por un lado la actividad minera, por otro lado los objetivos de la política monetaria y por otro la demanda de metales derivada de ésta. No obstante, las fuentes de las que disponemos, escasas y heterogéneas, sólo nos permiten ver en la mayoría de los casos los tres aspectos enumerados como correlatos en una relación estructural. Uno u otro de los términos nos es dado o sugerido según el caso y es a partir de él que podemos conjeturar la evolución de los términos correlativos. En suma, el conocimiento de los distintos términos de la relación debe por el momento construirse conjuntamente, aun a costa de fragmentar el análisis de otras realidades coherentes.

Analizar **lo económico** en la Antigüedad plantea una problemática, frecuentemente discutida, que en nuestra opinión emerge tanto del campo al que se aplica este concepto, como del concepto mismo y del investigador, que a la vez lo emplea y es atrapado por él. La idea de que la economía existe como instancia autónoma e impone unos límites y unas normas infranqueables a la acción social es un elemento central de la mentalidad y la ideología moderna. Y lo es en la medida en que no sólo se corresponde con una especialización acentuada de las funciones económicas, que implica su clara categorización, sino que obedece también a un mito social que justifica ideológicamente una particular manera de distribuir la riqueza y de relacionar al hombre con la naturaleza, un mito que

implica la noción teleológica de progreso. Este mito, a su vez, presupone una concepción liberal del individuo y por tanto de la Historia. Manifestación de este carácter mítico es la contradicción entre la absoluta obviedad del término, que se constata en la pragmática de su uso cotidiano, y la extrema dificultad constatada en el campo de la investigación económica a la hora de definir qué significa exactamente economía, a qué fenómeno podemos aplicar la determinación de económico y en qué medida²¹.

Esta consideración nos parece relevante a la hora de plantear tanto a qué llamaremos «economía» en un mundo que no compartía ese concepto con el nuestro, como a qué debemos llamar nosotros «economía», siendo éste no un término científico aséptico, sino además uno de los pilares de nuestra mentalidad. En suma, la definición que demos de economía no será la acotación de un concepto inmóvil, sino un punto de partida reflexivo, que debe crecer a partir del diálogo con la Antigüedad, si bien resaltar tal movimiento no es necesariamente cometido del documento escrito de la investigación. A ese respecto, la crítica de la ideología debe de ser una componente subyacente al análisis histórico.

Consideramos que el planteamiento hermenéutico, del que H.-G. Gadamer ha resaltado su universalidad en cuanto experiencia existencial²², permite integrar en una sola teoría la comprensión del acto de historiar y la del acto historiado. De igual modo que el historiador se ve abordado por la pretensión de sentido del texto, al que debe interpretar poniendo en juego su propio horizonte de sentidos configurado lingüísticamente, de tal forma que éste queda irremediabilmente desplazado, el sujeto histórico se ve obligado a afrontar situaciones desde su horizonte de sentidos, situaciones a las que no puede sino intentar buscar sentido en el marco de aquel. Toda cultura reacciona frente a las situaciones desde esta mediación lingüística que se manifiesta como tradición. La tradición proporciona el único suelo posible desde donde el sujeto histórico puede tratar de comprender una situación y tratar de responder a ella, de tal modo que el propio suelo se mueve, aun de modo imperceptible, ante este nuevo acto de comprensión. Este proceso afecta también a lo que nosotros intuimos como hechos económicos. Sin duda el ser humano es material y necesita alimento, cobijo, etc., lo que proporciona una base de universalidad al comportamiento económico. Pero las respuestas a las exigencias planteadas por esta condición material sólo pueden formularse desde la propia trama de sentidos de la tradición, que sin duda puede adaptarse pero de la que es imposible hacer tabla rasa.

²¹ Vd. J.M. Naredo, *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*², Madrid 1996. Vd. Id., «Configuración y crisis del mundo del trabajo», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 119 (2002) <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn119-2.htm>> [consulta: 15.08.08].

²² H.-G. Gadamer, *Verdad y método I. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca 1996 (4ª ed. or. en alemán 1975).

A partir de estos presupuestos podemos afrontar las dos opciones básicas que la investigación nos deja abiertas para delimitar lo económico. La primera, consagrada por la teoría neoclásica, consiste en delimitar lo económico mediante el concepto de «racionalidad económica», centrándolo por tanto en una sintaxis de la conducta económica, entendida como conducta orientada a la maximización de las utilidades en un medio caracterizado por la escasez de recursos y la posibilidad de usos alternativos de ellos. La segunda es delimitar lo económico más bien desde su semántica, esto es, atender primariamente al sustrato material del comportamiento económico. Llamariamos economía entonces a la forma en que en las distintas sociedades se efectúa la obtención y distribución, tanto geográfica como social, de los bienes materiales²³.

Entendemos que la segunda opción establece como principio un universal más fiable desde el punto de vista histórico que la racionalidad económica: la naturaleza física del hombre, que debe ser atendida, y la naturaleza social de las respuestas a las exigencias de aquella. Ello permite devolver plenamente la economía al ámbito de lo contingente, por cuanto cada sociedad desarrolla respuestas propias desde su propio horizonte cultural, lo que pone en cuestión toda pretendida universalidad de las conductas económicas. Todas aquellas instituciones y comportamientos que en una sociedad dada afecten directamente a la procuración de los bienes materiales será por tanto materia del estudio histórico de las economías, con independencia de que formen o no parte de lo que hoy se entiende como estructura económica. Sólo asumiendo como universal la atención a la necesidad material y no la «racionalidad económica», podremos abordar precisamente nuestro objetivo último, que es la comprensión de la racionalidad propia de la cultura que estudiamos en su procuración de bienes materiales. Precisamente en la medida en que nuestro interés se centra en la comprensión de la «racionalidad económica» antigua, debemos rechazar como hilo conductor una concepción apriorística de ella, que obligaría a subsumir los comportamientos antiguos bajo una serie de categorías universales de conducta dictadas desde la modernidad. Ello, por otra parte, nos aleja del abuso conceptual al que frecuentemente ha llevado la asunción de la conducta maximizadora como universal: la aplicación de análisis económicos a numerosos ámbitos de comportamiento social en los que puede advertirse criterios de maximización, extrapolación que en la práctica ha supuesto una «economización» de las relaciones sociales que no podemos aceptar como patrón ni para un análisis del pasado ni para un análisis del presente.

²³ Véanse, desde aproximaciones muy diferentes, K. Polanyi, *La grande trasformazione...*; Id., *El sustento del hombre*, Barcelona 1994 (ed. or. en inglés 1977); J.M. Naredo, *La economía en evolución...*; A. Roncaglia, *Lineamenti di economia politica*², Roma-Bari 1999, 5-14.

Entendemos que la herramienta conceptual idónea para abordar simultáneamente la universalidad y el cambio en las formas económicas históricas es la relación dialéctica entre **economía de mercado y economía de prestigio**. En toda sociedad compleja, tanto la antigua como la actual, coexisten dos formas de economía complementarias y por tanto no excluyentes: la economía de prestigio y la economía de mercado. La economía de mercado se basa en intercambios cuantificados e impersonales entre individuos cualitativamente iguales guiados por una lógica de maximización cuantitativa de las utilidades. Al ser esta lógica simétrica y al considerarse cualitativamente homogéneos a los actores económicos, se asume que idealmente el conjunto de transacciones tiende a beneficiar equitativamente a todos los implicados. Cada transacción concluye en sí misma y no genera más obligaciones que las establecidas por la constricción del marco legal y por el sistema de valores que interioriza la validez de dichas relaciones de intercambio²⁴. Es el ámbito del comercio impersonal, en el que, de acuerdo al perspicaz lema de Trimalción: *si tienes un as, valdrás un as*²⁵. Instrumento de este intercambio es el dinero, en cuanto portador neutral de un valor cuantificado. La economía de prestigio, en cambio, se basa en intercambios personales, estimados cualitativamente, entre individuos o grupos cualitativamente heterogéneos. Tales intercambios generan obligaciones de tipo personal, constituyendo hitos en la conformación de relaciones prolongadas en el tiempo. Cada transacción, en efecto, se concibe en términos de don y por ello genera la obligación del contradón, que o bien se materializa en un don equivalente en valía o bien se convierte en obligación personal del deudor. En tales intercambios, el individuo o grupo cualitativamente superior se impone como tal confiriendo dones en mayor medida de la que los recibe, esto es, haciéndose acreedor de una deuda moral superior a la que, a su vez adeuda. Es el ámbito económico de la redistribución. Frente a la tendencia igualitaria del mercado, las relaciones económicas de prestigio responden a una concepción aristocrática de las relaciones sociales, lo que no implica necesariamente que tal concepción jerárquica esté jurídicamente sancionada. Es, por supuesto, el ámbito del patronazgo²⁶ y el evergetismo antiguos, pero también, por ejemplo, del mecenazgo o el clientelismo modernos²⁷.

²⁴ Vd. D.C. North, *Estructura y cambio en la historia económica*, Madrid 1994 (ed. or. en inglés 1981).

²⁵ *Assem habeas, assem valeas* (Petr.Sat.77.6).

²⁶ En adelante, emplearemos los términos «patronazgo» o «patronato» para aludir a las relaciones personales y legales establecidas entre un *patronus* y sus clientes, incluidos sus libertos.

²⁷ G. Chic García, «Introducción. Perdona nuestras deudas. La delgada línea roja», en G. Chic García (dir.), F.J. Guzmán Armario (ed.), *Perdona nuestras deudas...*, 3-8; Id., «Prólogo», en A.A. Reyes Domínguez, *Vivir del prestigio*, Écija 2007, 4-10. Para una aplicación de estos principios en la *praxis* histórica véase p. ej. «*Colonia Augusta Firma Astigi: una economía de prestigio*», en G. Chic García (dir.), *Economía de prestigio versus economía de mercado*, Sevilla 2006, 153-177 (= en *Actas del VII Congreso de Historia: Écija, economía y sociedad*, Écija 2006, 13-46); Id., «Los elementos

Los comportamientos económicos implican la noción de valor. Un economista teórico puede hacer abstracción de él y reducir la economía a una sintaxis universal de la racionalidad económica. Pero la comprensión histórica requiere restituir a la economía su semántica, articulada sobre la noción de valor. Por más que se pretenda desnudarlo, este concepto no deja de pertenecer al ámbito ético. El *ethos* de la sociedad que estudiamos, aquello que tenía más o menos valor a partir de él, debe ser el punto de partida del tipo de análisis que perseguimos.

Ese elemento debe estar presente en el mismo planteamiento de nuestro objeto de estudio. Pretendemos individualizar la dinámica económica en un momento dado, lo que implica enfocar nuestra atención en el cambio, sea o no estructural. La percepción histórica moderna, fruto de un horizonte cultural que busca sentido en el discurrir temporal, que en suma cree en el progreso, asume como obvio lo que cambia, y ha de concentrar sus esfuerzos para captar lo permanente, pese a que en realidad el peso de lo que permanece sea probablemente muy superior al del cambio. Pero para la cultura antigua no existe un concepto de progreso, o al menos éste no informa –como actualmente– toda la percepción de la realidad social. Desde ese presupuesto, lo obvio es la permanencia, y es el cambio el que requiere una explicación específica. Por otro lado, la mentalidad moderna está tan inmersa en su tradición como la antigua, pero para ésta última la tradición es además considerada un valor activo. Por tanto la permanencia no es sólo asumida como natural, sino reforzada moralmente como deseable. Una parte importante del cambio en la sociedad antigua podía ser leída como retorno a lo permanente, según éste quedaba dictado en la tradición. Es evidente para nosotros –y sin duda lo fue a menudo para los antiguos– que esa tradición estilizada como norma moral era recreada continuamente, pero el propio hecho de que la cultura antigua se viera impelida a justificar los cambios en cuanto retorno a la tradición tiene una indudable capacidad de influencia sobre los hechos económicos. En consecuencia, la cuestión económica debe plantearse desde la presuposición de la estabilidad, no de la movilidad, no deseada por los antiguos como un bien en sí mismo. Nuestro planteamiento del cambio económico debe dejar traslucir con la mayor claridad posible su accidentalidad con respecto a la percepción antigua de las relaciones sociales.

El **desarrollo económico del Alto Imperio Romano** aparece, desde las consideraciones anteriores, como el fruto de la confluencia de tres niveles de dinamización

económicos en la integración de la provincia Bética», en *Congreso sobre «La construcción de una identidad provincial. La experiencia hispana»* (Sevilla, 8-10 de Mayo de 2008) (en prensa). Esta aproximación está siendo desarrollada por el Grupo de Investigación *Economía de prestigio vs. economía de mercado*, del cual formamos parte.

económica²⁸. El primero de ellos lo constituyen las relaciones económicas de mercado. Superadas las rígidas disyuntivas entre las tradicionales interpretaciones «primitivistas» y «modernistas» de la economía romana, hoy es prácticamente incuestionable que en el mundo romano se dio un notable desarrollo de la economía de mercado, a una escala significativamente superior a la de la mayoría de las sociedades preindustriales históricas. Estas relaciones de mercado, desde la pequeña transacción monetizada a las más complejas empresas transmarinas, fueron auspiciadas por la formidable acumulación de recursos en manos romanas que se había producido como resultado de la expansión mediterránea de Roma en el período republicano. Asimismo, la llegada de la paz, un relativo clima de seguridad, la imposición de un sistema monetario sólido y el establecimiento de un marco institucional estable y relativamente eficiente redujeron drásticamente los costos de transacción²⁹, propiciando un grado de integración económica sin precedentes del ámbito mediterráneo, la fachada atlántica y la Europa noroccidental de los grandes ríos.

Pero este desarrollo de la economía de mercado, cuyo impulso fundamentalmente se había producido en realidad durante la República media y tardía, requería del concurso de los otros dos niveles de dinamización económica, ambos vinculados al ámbito de la economía de prestigio. El primero de ellos lo constituye la competencia aristocrática por el prestigio, tanto a escala local como imperial. Es el ámbito del *evergetismo*, en el que las haciendas señoriales compiten en la redistribución de recursos para obtener un mayor grado de influencia en la vida local o romana, aceptando asumir las cargas que suponen los *honores* y *munera* públicos y mostrando una generosidad superior a la imprescindible mediante la asunción de gastos *evergéticos* voluntarios. Fue el gasto *evergético* el principal garante de la solvencia de las ciudades y el motor principal de su desarrollo económico, generando un enorme volumen de transacciones a la sombra de las cuales, como ya apuntábamos, se potenciaron las relaciones económicas de mercado.

El último de los ámbitos que nos interesa es la redistribución imperial. Ésta contiene dentro de sí los mecanismos de redistribución estatal, vinculados a la esencia institucional del Estado o *respublica*. Pero el hecho de que el príncipe se arrogara desde Augusto la responsabilidad última de asegurar el correcto funcionamiento de estos mecanismos, de forma análoga a como los *evérgetas* hacían en sus respectivas ciudades o a como la aristocracia senatorial había hecho previamente de forma colectiva, hizo que tales mecanismos acabaran concibiéndose bajo la lógica del prestigio. De esa forma el emperador aparecía a la vez como cabeza institucional de un Estado y como máximo benefactor de éste,

²⁸ G. Chic García, «El comercio de la Bética altoimperial», *Habis* 36 (2005) 313-332.

²⁹ D.C. North, *Estructura y cambio...*

un *evergeta* excepcional que ponía sus incomparables recursos económicos al servicio de la república y que de esa forma se convertía en vértice supremo de la economía de prestigio. Los principales capítulos del gasto imperial –el mantenimiento de los ejércitos, la *annona* y la remuneración del personal que hacía funcionar el aparato– constituyeron con toda seguridad el primer factor del desarrollo del mercado en los primeros siglos del Imperio. A la larga, no obstante, la rivalidad esencial entre príncipe y aristócratas y la necesidad de recurrir crecientemente a los instrumentos patrimoniales y coercitivos para hacer frente a su tarea redistributiva, ante la debilidad de las formas económicas de mercado, acabaron por ahogar el dinamismo del mercado bajo la creciente omnipresencia de la economía redistributiva imperial. Podemos afirmar que el momento de máximo dinamismo económico del Imperio fue aquel en el confluyeron la acumulación de reservas heredada de la República, la reducción drástica de los costos de transacción, un amplio proceso de integración imperial que potenció la competencia *evergética* a escala local y una potenciación del gasto redistributivo imperial, antes de que la competencia de prestigio obligara a limitar drásticamente el nivel de gasto *evergético* no imperial y que el crecimiento del aparato estatal ahogara la iniciativa privada.

El estudio que se presenta a continuación apuesta, junto a estos fundamentos teóricos, por una **aproximación metodológica** de la que consideramos oportuno anticipar brevemente algunos aspectos. En primer lugar, consideramos que en una disciplina como la Historia Antigua son pocas las certezas a las que nos permiten llegar nuestras fuentes de información. Asimismo, la amplitud de nuestro ámbito de estudio tiende a favorecer, inevitable y lógicamente, la especialización en aspectos muy específicos de la investigación, sea desde el punto de vista temático, sea geográfico. Ello provoca que con frecuencia discusiones historiográficas que en realidad son tangentes tiendan a avanzar de forma paralela y que, aunque cimentadas sólidamente desde el punto de vista argumental, tiendan a depender de un número o tipo de fuentes muy restringido. Defendemos, por ello, la necesidad de que aproximaciones transversales contribuyan a cimentar un suelo común en el que los resultados de diferentes líneas de investigación vengán a confrontarse. El trabajo que presentamos nace, modestamente, con esta vocación transversal, dada su delimitación cronológica y la naturaleza multidisciplinar de la información planteada, que abarca desde el Derecho romano a los análisis de paleopolución. Entendemos, en efecto, que una hipótesis es tanto más sólida cuanto más independientes son entre sí sus presupuestos y, por tanto, menos unívoco el sentido de los eventuales errores. Evidentemente, el empleo de informaciones procedentes de diferentes disciplinas o ámbitos de investigación requiere una considerable

cautela y sobre todo comporta inevitablemente errores vinculados al grado modesto de especialización del autor. Será competencia de los diversos especialistas refutar o matizar nuestros argumentos y conclusiones, pero cuanto menos podrán obtener un panorama más amplio de las implicaciones que sus resultados tienen en otros ámbitos de estudio y viceversa. Por otro lado, el modelo de aproximación múltiple que defendemos no es compatible con un modelo de argumentación rigurosamente lineal desde el punto de vista lógico, aunque permita albergar dentro de sí numerosas de estas argumentaciones. Por el contrario, nuestro argumento debe avanzar acumulativamente, percibiendo y formulando relaciones de coherencia o incoherencia entre fenómenos independientes, pero sin posibilidad real de percibir relaciones causales mecánicas. Somos conscientes, en suma, de estar elaborando una construcción tosca cuya solidez no se basa en una única estructura maestra, sino en el recíproco contrapeso entre diferentes argumentaciones, la debilidad de cada una de las cuales puede contribuir sin duda a la inestabilidad del edificio. No podemos, en suma, ofrecer respuestas lógicamente necesarias, sólo razonablemente coherentes y plausibles. Sí podemos, cuanto menos, ofrecer con rigor nuestras argumentaciones y presentarlas en forma tal que sean lo más «falsables» posibles, si se nos permite el neologismo de K. Popper.

Por otro lado, a la hora de afrontar el análisis de una realidad como la que nos ocupa, una de las pocas que consiente un análisis seriado y estadístico en el ámbito de los estudios de la Antigüedad, se presenta el problema de la relación entre los argumentos cualitativos y los cuantitativos. Como seguramente se habrá podido apreciar en el curso de esta introducción, consideramos que la primacía epistemológica en el ámbito de la Historia corresponde a la interpretación cualitativa. No obstante, nos parece un prejuicio injustificable renunciar a un análisis profundo de todas aquellas fuentes de información que nos pongan sobre la pista de uno de los conocimientos sin los cuales toda reflexión sobre una civilización pasada acaban resultando estériles: la escala de dicha civilización. Las bases sobre las que se pueden establecer conclusiones cuantitativas son en realidad tanto o más débiles como las empleadas para realizar conclusiones cualitativas. Por ello no hemos pretendido en el presente trabajo abordar la tarea de conocer estimaciones cuantitativas aproximadas, frecuentemente más engañosas que fructíferas. Lo que nos interesa en primera instancia es reconocer cuanto menos órdenes de magnitud probables. Se comprobará a lo largo del presente estudio que tales órdenes de magnitud configuran con frecuencia umbrales extremadamente alejados entre sí. Con tales umbrales no pretendemos en realidad aportar conocimientos originales, sino sencillamente explicitar los márgenes cuantitativos a los que nos conducen las afirmaciones habitualmente aceptadas en la historiografía, dado que tales

márgenes conllevan implicaciones en otros ámbitos que frecuentemente son pasadas por alto. Tanto en este aspecto como en el que anteriormente tratábamos, el presente trabajo no pretende convertirse en otra cosa que en un punto de partida, un marco ordenador que permita incorporar posteriores correcciones y ampliaciones.

Una última consideración de método es precisa. La fascinación que ha ejercido tradicionalmente la figura de Nerón ha suscitado la proliferación de una extensa historiografía especializada, pero aún más de una inabarcable infinidad de alusiones particulares a este reinado al hilo de estudios no centrados en él. Hacer justicia a tal «productividad» historiográfica, que a menudo se ha alimentado de una mera *communis opinio*, requeriría sencillamente una Tesis Doctoral de carácter historiográfico dedicada al emperador y su tiempo, y aún ésta no sería exhaustiva. Por ello, y a fin de no sobrecargar aún más el aparato de notas, nuestro tratamiento de la historiografía será deliberadamente sintético y renunciamos por anticipado a un registro exhaustivo de la bibliografía implicada en los estudios neronianos. Otro tanto cabe decir de los tratamientos «psicologizantes» de la figura de Nerón. Sin duda, la penetración psicológica en el emperador y la penetración sociológica de sus relaciones personales con su entorno son aspectos de sumo interés, pero a la fecha actual han tendido a sobredimensionarse con respecto a la penetración institucional en su labor de gobierno. Por nuestra parte, renunciamos casi por completo a tal aproximación. Aunque, de acuerdo a la retórica personificadora del discurso histórico, tomaremos a Nerón como sujeto de las decisiones a las que vamos a hacer referencia, dicho sujeto no debe entenderse como una mera realidad personal. Bajo la denominación «Nerón» aludiremos en realidad al complejo de toma de decisiones que sucesivamente articuló su gobierno: un gobierno que, no lo olvidemos, se prolongó durante casi quince años.

El hilo conductor del presente estudio lo constituye el análisis individualizado de la producción monetaria y el suministro metálico en el ámbito de cada una de las tres grandes especies monetarias: sucesivamente la moneda de oro, la de plata y la de cobre, bronce o latón. Dicho análisis constituye la **tercera parte** de la presente Tesis (**capítulos 6-9**). Antes de centrarnos en tales aspectos, no obstante, es preciso detenerse en una serie de cuestiones previas. La **primera parte** analiza una serie de cuestiones introductorias imprescindibles para acometer el análisis que nos proponemos. Tras la presente exposición (**capítulo 1**), realizaremos una breve presentación de las fuentes utilizadas en el estudio, fuentes particularmente heterogéneas que desbordan con mucho el marco metodológico que predomina en el resto de este estudio (**capítulo 2**). Finalmente, presentaremos un breve estado de la cuestión sobre un problema tan extensamente debatido como es el de las

acuñaciones monetarias neronianas, en particular sobre el sentido de su célebre reforma monetaria (**capítulo 3**).

Más allá de las discusiones sobre los objetivos últimos de la política monetaria, a nuestro juicio parece claro que el único medio constatado hasta el momento por el que el emperador o el Estado podían poner en circulación cantidades significativas de moneda era mediante el gasto, fuera en el mantenimiento del ejército y la administración, fuera en contratas o compras, fuera en donaciones o préstamos³⁰. Analizar las prioridades de la acuñación monetaria implica, por tanto, analizar las prioridades del gasto imperial. Ahora bien, el gasto imperial consolidado, que atendía a los costos permanentes vinculados al Estado y a la cara estrictamente institucional del emperador, no justifica por sí mismo políticas monetarias tan irregulares como la afrontada por Nerón a lo largo de su mandato. Es en los cambios en la lógica con la que se afrontan los gastos permanentes, así como en la respuesta a los gastos circunstanciales y extraordinarios donde cabe buscar los motivos de severas oscilaciones en la emisión de moneda. Entendemos que existían fundamentalmente dos ámbitos prioritarios de la actividad imperial en los que cabe justificar tales cambios, por cuanto en ellos el fortalecimiento de la posición del emperador dependía de su disposición a sobrepasar los límites de lo institucionalmente establecido, de su disposición a superar las expectativas. Tales ámbitos son la actividad del príncipe como jefe del ejército romano y su exhibición como patrono universal del conjunto jerarquizado de clientelas que configuraban el Imperio, comenzando evidentemente con el propio pueblo de Roma. Los cálculos que en ambos casos inclinaban al príncipe a una determinada política de gastos aunaban necesariamente los elementos político, económico y hacendístico implicados en él. El término latino *rationes* resume perfectamente esta imbricación de factores. Por ello, es a estas «razones» de Nerón y a su evolución en el tiempo, únicas capaces de justificar una política monetaria tan peculiar, a las que dedicaremos los dos extensos capítulos que configuran la **segunda parte** de esta Tesis Doctoral (**capítulos 4-5**).

Nuestro estudio finaliza con una **cuarta parte** dedicada a las conclusiones que podemos derivar de él en lo concerniente al conjunto del Imperio (**capítulo 10**) y al caso específico de la Bética (**capítulo 11**). Sigue un breve apéndice cronológico y dos **apéndices**

³⁰ Frente a esta tesis algunos autores han defendido la hipótesis de que los cambistas privados hayan jugado un papel relevante en la distribución de moneda de bronce. Véase recientemente K.W. Harl, *Coinage in the Roman Economy, 300 BC to AD 700*, Baltimore-Londres 1996, 4, 83, 209, 238-247; o M. Peter, «Bemerkungen zur Kleingeldversorgung der westlichen Provinzen im 2. Jahrhundert», en C.E. King, D.G. Wigg (eds.), *Coin finds and coin use in the Roman World. 13th Oxford Symposium on Coinage and Monetary History, 25-27.3.1993*, Berlin 1996, 316-8. En nuestra opinión, nada sugiere que haya sido así en las provincias occidentales (vd. J. Andreau, *La vie financière...*).

que recogen aspectos específicos que han sido imprescindibles en nuestro análisis, pero cuya plasmación en el cuerpo central de la Tesis habría interrumpido el flujo del discurso.

Índice general.

	Página
Agradecimientos.	iii
I. Introducción.	1
1. Objetivos y presupuestos.	3
2. Las fuentes.	19
3. Moneda y reforma monetaria bajo Nerón: un estado de la cuestión.	35
3.1. Descripción de los cambios monetarios.	35
3.2. Interpretaciones de la reforma.	41
1. La reforma como respuesta a problemas fiscales. [41]- 2. La reforma como respuesta a problemas monetarios. [47]- 3. La reforma como ajuste técnico. [54]	
II. Las «razones» de Nerón: guerra y patronazgo.	55
4. Los tiempos de la guerra.	57
4.1. Introducción.	57
4.2. El planteamiento del nuevo marco estratégico: la cuestión armenia (54-56 d.C.).	62
4.3. La adquisición del prestigio militar: afirmación en Occidente y recuperación de Armenia (57-60).	71
4.4. El límite de las ambiciones: Britania y el compromiso armenio (61-63).	92
4.5. El replanteamiento de la estrategia oriental: Etiopía y el Mar Negro (64-66).	111
4.6. La interrupción del proyecto neroniano (66-68).	136
5. Los tiempos del patronazgo.	147
5.1. Introducción.	147
5.2. El nuevo reformismo y el erario (54-56 d.C.)	155
5.3. Guerra, munificencia y reformismo fiscal: el año 57.	164
5.4. Guerra, <i>annona</i> y reformismo fiscal: el año 58.	178
5.5. Reformismo legal, seguridad jurídica y economía de mercado (54-62 d.C.)	195
5.6. La otra cara del reformismo: control administrativo y limitación de la competencia evergética (54-62 d.C.)	202
5.7. Construcciones, espectáculos y <i>annona</i> : el giro neroniano (59-64 d.C.)	216

5.8. La exaltación del patrono: tiranía y munificencia (62-68 d.C.).	236
III. Producción monetaria y suministro de metales.	249
6. La escala de la circulación monetaria en tiempos de Nerón.	251
6.1. El valor monetario total.	251
6.2. La aportación de las diferentes especies monetarias.	263
7. La producción de moneda de oro.	277
7.1. El peso de la acuñación neroniana en la circulación áurea. El testimonio de los conjuntos monetarios.	277
7.2. ¿Expansión o reemplazo de la circulación? El testimonio de los hallazgos individuales.	287
7.3. Las fuentes primarias de aprovisionamiento de oro.	301
7.4. El papel de la Bética en la <i>aurea aetas</i> (I): el oro de la Bética.	316
7.5. El papel de la Bética en la <i>aurea aetas</i> (II): oro y mercurio.	325
7.6. Nerón y la búsqueda del oro.	343
8. La producción de moneda de plata.	363
8.1. La plata en las acuñaciones neronianas.	363
8.2. El siglo I en la historia europea de la plata: ¿el principio del fin o un paréntesis productivo?	395
8.3. La evolución del aprovisionamiento de plata (I): la herencia republicana.	414
1. El <i>stock</i> de plata del siglo III a.C.: el predominio oriental. [416]-	
2. Las grandes reparaciones del 200 a.C. al 180 a.C.: la consolidación del « <i>stock</i> oriental». [420]-	
3. Minería y guerra entre el 180 y el 140 a.C.: la primacía de Cartagena y el botín de Perseo. [423]-	
4. La segunda mitad del siglo II a.C.: la plata de la Narbonense y Sierra Morena. [430]-	
5. Las desamortizaciones masivas del período silano. [436]-	
6. La conformación del <i>stock</i> tardorrepublicano: declive de Cartagena y ascenso de Oriente. [443]	
8.4. La evolución del aprovisionamiento de plata (II): el período julio-claudio.	469
1. Las fuentes primarias de suministro fuera de Hispania. [469]-	
2. La plata hispana: decadencia de Cartagena, estancamiento de Sierra Morena y auge de Riotinto. [475]-	
3. Metal y moneda durante el período augusteo. [491]-	
4. Tiberio. [497]-	
5. Calígula y Claudio. [503]	
8.5. Nerón y la plata de Occidente: la decadencia bética y la decepción britana.	513
8.6. La plata de Occidente, la plata de Oriente y la guerra.	535
1. Las emisiones del 54-59: moderación en Occidente y primera campaña armenia. [536]-	
2. Las emisiones del 60-64: el giro hacia la reforma y la prolongación de la guerra. [545]	
8.7. La plata de Occidente, la plata de Oriente y la reforma.	558
1. Las emisiones durante la gran operación monetaria. [558]-	
2. Conclusiones: la plata, el Oriente y la reforma monetaria. [571]	

9. La producción de moneda de bronce.	585
9.1. El suministro de metal: el papel de la Bética.	585
9.2. La importancia relativa de la acuñación en bronce de Nerón.	608
9.3. El bronce y los ritmos de la producción monetaria.	629
9.4. El bronce y la distribución geográfica de la moneda.	648
1. La puesta en circulación de la moneda de bronce. [649]- 2. La dispersión de la moneda de bronce en circulación. [660]	
IV. Conclusiones.	671
10. De la edad de plata a la edad de oro.	673
11. La Bética bajo la <i>aurea aetas</i> .	691
 Apéndices.	703
Apéndice 1. Cronología general del reinado de Nerón.	705
Apéndice 2. Características y fuentes de la muestra numismática empleada en el estudio.	716
1. Características y criterios de la muestra numismática. [716]- 2. Fuentes bibliográficas. [719]- Tablas. [724]	
Apéndice 3. Análisis cronológico de la contaminación antigua y medieval de plomo en los archivos naturales de polución consultados.	731
 Índices.	747
Abreviaturas empleadas.	749
Bibliografía.	760
Índice de mapas.	810
Índice de tablas.	810
Índice de gráficas.	811
Índice general.	814